



La juventud alocada y bullanguera llena los merenderos de la Bombilla los días domingueros. El mozo de tufos y gorrilla, que bailando el *cho* is á «izquierda» era el encanto de las chulas de mantón «alfombrado», es ahora el «castigador» de fino trato y atavío señorial, que sabe tratar á «las señoras» y bailar el «chárleston» como un maestro y el tango como un «compadrito porteño».

UN DOMINGO EN LA BOMBILLA

Desde el chotis castizo y el clásico «agarrao», al aristocrático «chárleston»

HAY «JAZZ-BAND»

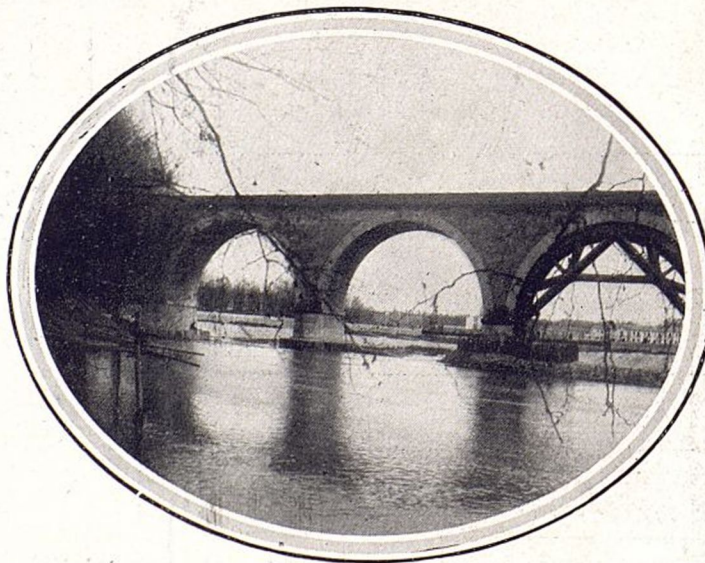
Los tranvías de la Bombilla van repletos de carne joven. La gente se cuelga de las barras de hierro, se pega á los estribos y se agarra á los topes. En el ojo redondo de la lámpara hay pintado un 8, cifra simbólica de la mafeza y de la chulería. Dentro del coche, las gentes hablan á gritos, cantan, palmo-tean y se dicen esos timos aprendidos por el pueblo en los sainetes. Chicas de servicio, que huelen en domingo como sus señoritas los demás días de la semana; modistas, que han copiado los modales de *madame* y los vestidos de la clientela; mecanógrafas, que viajan aporreando con los dedos los cristales, creyendo que en todas partes hay teclas; chavalillas—por mal nombre, *guayabitos*—que toman todos los tranvías que las lleve a un *jazz-band*; «la maestra»—*Luisette-M des*—según el cartel del balcón—, ó la «señá Luisa, la costurera», que va con su cónyuge y su prole á comerse unas *tajás* de merluza junto al Manzanares, para asustar á los alevines. Y se comen la merluza, pero vuelven con las *tajás*.

Esta multitud que llena «los ochos» parece, por su afán de divertirse y por su vocinglera alegría que está subvencionada por los dueños de los merenderos. Es

la alegre jauría humana, empujada por el tedio de la ciudad hacia los aledaños de Madrid; gente que quiere limpiarse la modorra pegadiza de una eternidad de seis días de trabajo bebiéndose un porrón de sidra junto á una enredadera ó plagiando un tango.

NO MUERE LO CASTIZO

¿Ha muerto lo castizo? El reportero se ha hecho esta pregunta al poner el pie en un merendero donde nadie merienda. La retórica amanerada de algunos escritores ha teñido de concupiscencia á la Bombilla, hasta el punto que un paseo por estos jardincillos, ó comerse aquí una tortilla bajo un emparrado, es motivo de descrédito. Y es que en nuestro país es inmoral la alegría, y por esta causa se achacaba antes al *organillo*, y ahora al *jazz-band*, la corrupción del pueblo. Pero no nos desviemos: lo castizo no ha muerto. ¿Qué diferencia existe entre esta pareja de bailarines que se *desencuaderna* imitando los saltos y esguinces de las danzas negras, que sólo bailan los blancos, y aquellas chulas de mantón «alfombrado» y chulos de pantalón bombacho, chaquetilla ajustada, tufos y gorrilla? Ninguna. Este «técnico» del *chárleston* que ofrece hidalgamente sus datos al reportero, dice que antes el chulo hacía sufrir mucho á las señoras.



El «calumniado» Manzanares, en cuyas márgenes comen la clásica tortilla de escabeche los domingos de sol los matrimonios bien avenidos. Junto á «los ojos» del Puente de los Franceses entretienen sus horas y su escepticismo los viejos bailarines que han trocado la ilusión de la mujer por la fantasía de la trucha.



El «jazz-band» es actualmente el ídolo de la gente bullanguera. Los jóvenes bailarines se agrupan junto á la orquesta esperando el instante de lanzarse á su jubilosa tarea



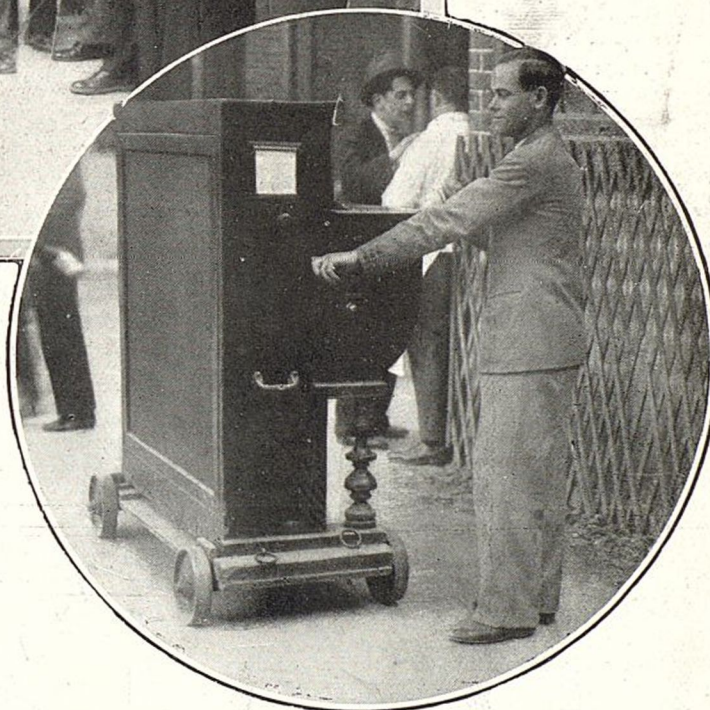
Ahora hay más urbanidad y «más» modales, y el castigador debe vestir como los señoritos y aprender á bailar en la academia, si quiere tener partido entre el «feminismo». Y nada de pintar jabeques en la cara, ni tener aire de matón. Todo por las buenas, y puesto que ellas tienen derechos, que paguen, porque el chulo es ya un caballero.

—¿Prefieren las muchachas el jazz-band al «organillo»?

—Sí. Da más postín el jazz-band. Y ha derrotado al «organillo», al que desprecian por «bajo» y rastrero. Yo le tengo ley. Aquí donde usted me ve, he bailado á izquierda como los mismísimos ángeles, y cuando yo me he «agarrao» á una gachí, he tirado para abajo las pestañas y le he puesto con delicadeza dos dedos en la cintura, y ha sonado el chotis, la gente ha formado el mitin para vernos. ¡Aquello era suavidad, gracia, delicadeza!... Agarra-

Nuestro fotógrafo ha sorprendido en la Bombilla á esta pareja de bailarines—defensores fervorosos de lo castizo y tradicional—en el momento en que se «marcan» unos pasos de chotis, como marcan los viejos cánones: á izquierda y dando vueltas sin moverse de un ladrillo

FOTS. DÍAZ CASARIEGO



El organillo, que fué antaño la alegría de los mozos de postín, jaraneros y frívolos y el encanto de las chicas de taller y de las «damas de mantón», está hoy solo y abandonado, y lanza sus notas lánguidas y tristonas como quejidos de ingratitud, derrotado por los complicados instrumentos del «jazz»

rios hay nombres escritos en la corteza con navajas: «Pepa y Miguel»; y más abajo: «Para toda la vida».

Claro es que aquí se promete demasiado. El amor, en complicidad con los organillos, el jazz-band y las patatas de elástico, se lanza á derrochar grandes promesas y locas esperanzas. Y todos los años, cuando los cerezos se visten de blanco y la Naturaleza comienza á lanzar las primeras tiradas de mariposas, la alegre juventud baja en tropel hacia el río á jurarse amor eterno.

Así como el poeta hace combinaciones de imágenes, el bailarín las hace de muchachas. En estos bailes domingueros de la Bombilla, los primeros compases comienzan bien; pero luego aquello se complica, y el profesional del charleston se tropieza con el principiante, y hay tumulto de motín, poniéndose de relieve una cualidad racial española: que siendo para todos la misma música, cada uno la interpreta y baila á su manera. Pero si bailando existe anarquía de movimientos, la alegría es uniforme en las parejas.

¡La Bombilla! Olvido de los textos y de las reprimendas del taller, empaque y presunción, locos ensueños y alegrías volanderas. La fe sólida y maciza en nuestro propio destino, y la ilusión que transforma la sidra en champagne y el abrigo corcusido de una chavala en manto regio. Los veinte años plenos y gozosos que se encaran llenos de brío con la vida, que pasa implacable, quitando de las manos de los jóvenes los bustos de las zagalas para entregarles una caña de pescar, que es el apatusco con que entretienen sus horas y su escepticismo junto al Manzanares los viejos bailarines de antaño, que han trocado la ilusión de la mujer por la fantasía de la trucha.

JULIO ROMANO